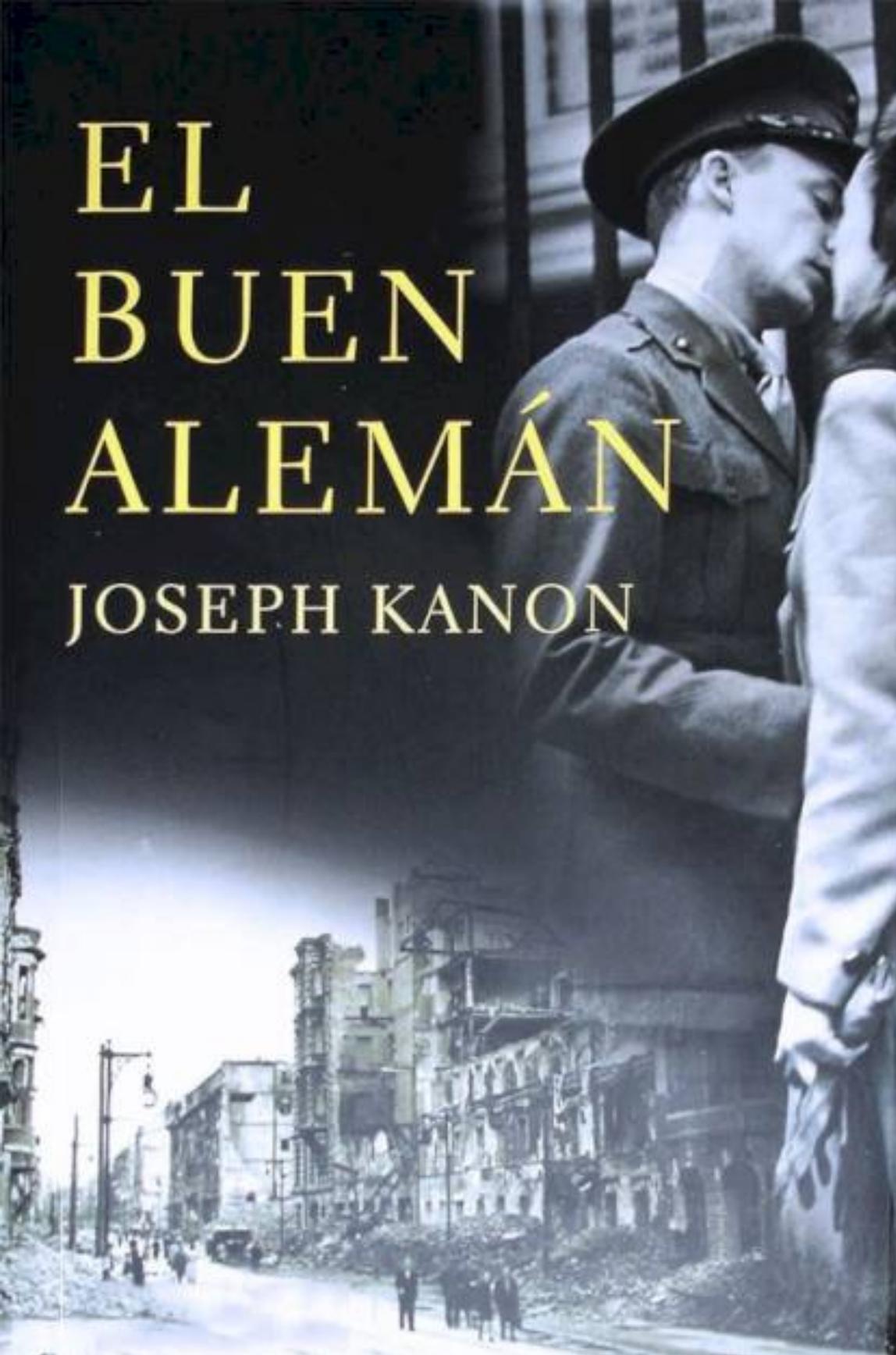


EL BUEN ALEMÁN

JOSEPH KANON



El fin de la guerra en Europa culmina con la entrada de los ejércitos aliados en un Berlín que ha aceptado una rendición sin condiciones y cerca del cual celebran la Conferencia de Potsdam Churchill, Stalin y Truman. Pero haber acabado definitivamente con el Reich no pone fin a todos los problemas. En una zona controlada por los rusos acaba de aparecer el cadáver de un soldado del ejército estadounidense con los bolsillos repletos de dinero. Jake Geismar, periodista estadounidense que ya había estado en la capital alemana antes de la guerra, vuelve allí para cubrir el triunfo aliado y culminar su campaña particular, pero también para encontrar a Lena, una mujer de su pasado. El asesinato del soldado norteamericano se cruza en el camino de Geismar, quien irá descubriendo que hay muchas cosas en juego. Más de las que imaginaba.

La atractiva historia de *El buen alemán*, una extraordinaria novela con grandes dosis de intriga y un toque romántico, fue llevada a la gran pantalla por Steven Soderbergh y protagonizada por George Clooney, Cate Blanchett y Tobey Maguire.

Para mi madre.

Nota del autor

El buen alemán transcurre en Berlín, entre julio y agosto de 1945. Cualquier historia ambientada en el pasado corre un inevitable riesgo de incurrir en errores. Esto es especialmente cierto en el caso de Berlín, cuyo mapa fue transformado varias veces por la historia durante el siglo pasado, y sin lugar a dudas también durante los meses que siguieron a la ocupación de los Aliados, un período en que los acontecimientos se sucedieron con tanta precipitación que su cronología suele ser confusa incluso en los informes de la época, y mucho más en la falibilidad del recuerdo. No obstante, el lector atento tiene derecho a saber cuándo se ha hecho un uso premeditado de ciertas libertades por motivos argumentales. Los Aliados llegaron a incautarse de grandes cantidades de documentos nazis, pero pasó casi un año entero antes de que el Centro de Documentación de Wasserkafersteig, descrito en el libro, estuviera en pleno funcionamiento. En realidad, el desfile triunfal de los Aliados tuvo lugar el 7 de septiembre y no tres semanas antes, como sucede aquí. Los lectores conocedores de la historia sabrán que la autoridad estadounidense de la ocupación fue la OMGUS (siglas inglesas de la Oficina del Gobierno Militar de Estados Unidos en Alemania), pero esa denominación no fue oficial hasta octubre de 1945, de modo que aquí se utiliza una forma más sencilla, GM (Gobierno Militar), en lugar de la más farragosa aunque correcta USGCC (siglas del Consejo de Mando del Grupo de Estados Unidos). Cualquier otro error, por desgracia, será del todo involuntario.

Primera parte **ESCOMBROS**

Capítulo 1

La guerra lo había hecho famoso. No tanto como a Murrow, la voz de Londres, ni como a Quent Reynolds, en aquel momento la voz de los documentales, pero sí lo suficiente para conseguir primero una prometedora oferta de cuatro artículos para el semanario *Collier's* y después un pase de prensa para entrar en Berlín. Al final había sido Hal Reidy quien le había encontrado el codiciado pase haciendo malabarismos con las vacantes para reporteros, como si estuviera sentando a los invitados de una cena formal: la United Press junto al servicio de noticias Scripps-Howard, pero en el extremo de la mesa de Hearst, el magnate de la información, quien de todos modos ya había destinado a demasiada gente allí.

—Aunque no puedo hacerte salir antes del lunes. No nos darán plaza en otro avión, y menos ahora que se va a celebrar la conferencia. A no ser que conozca a alguien influyente.

—Sólo te tengo a ti.

Hal sonrió burlón.

—Pues estás en peor forma de lo que creía. Saluda de mi parte al capullo de Nanny Wendt. —Su censor de los viejos tiempos, de antes de la guerra, cuando ambos trabajaban en la emisora de la Columbia, un hombrecillo nervioso y mojigato como una institutriz al que le gustaba retocar con su pluma la copia de las noticias justo antes de que salieran al aire—. El Ministerio de Propaganda e Información Pública —dijo Hal con su tonillo de siempre—. Me pre-

gunto qué habrá sido de él. Goebbels envenenó a sus propios hijos, según tengo entendido.

—No, fue Magda —corrigió Jake—. La *gnädige Frau*. Con chocolatinas.

—Ya, dulces para los más dulces. Qué gente más agradable... —Le dio a Jake sus órdenes de viaje—. Toma, que lo pases bien.

—Deberías venir conmigo. Es un momento histórico.

—Este también lo es —dijo Hal señalando otro pliego de órdenes—. Dos semanas más y volveré a casa. Berlín, hay que joderse... Yo estaba impaciente por salir de allí, ¿y tú quieres volver?

Jake se encogió de hombros.

—Será la última gran historia de la guerra.

—¿Que esos tres se sienten alrededor de una mesa a repartirse el botín?

—No, lo que sucederá después.

—Lo que sucederá es que volverás a Estados Unidos.

—Todavía no.

Hal lo miró.

—Crees que la encontrarás allí —dijo con un tono de voz inexpresivo.

Jake se guardó las órdenes en el bolsillo y permaneció callado.

—Ya ha pasado mucho tiempo, ¿no crees? La vida sigue.

Jake asintió con la cabeza.

—Estará allí. Gracias por esto, te debo una.

—Más de una —repuso Hal sin insistir en el tema—. Tú escribe buenos artículos, y no pierdas el avión.

El avión, sin embargo, llegó a Francfort con horas de retraso y aún permaneció varias horas más en tierra, descargando y dando la vuelta, de modo que ya era media tarde cuando despegaron hacia Berlín. El C-47 era un transporte militar destartado y equipado con bancos laterales. Los pasajeros, una partida de periodistas que, igual que Jake,

no habían conseguido plaza en vuelos anteriores, tenían que gritarse por encima del ruido de los motores si querían conversar. Jake dejó de intentarlo al cabo de un rato, se reclinó en el asiento y cerró los ojos sin dejar de sentir náuseas cada vez que el avión daba una sacudida en su trayecto hacia el este. Habían estado tomando algo mientras esperaban, y Brian Stanley —el inglés del *Daily Express* que se había colado en el grupo estadounidense a saber cómo— ya estaba elocuentemente borracho. Casi todos los demás lo seguían muy de cerca: Belser, de la agencia de noticias Gannett; Cowley, que había llevado la oficina de prensa del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas desde un taburete de la barra del Scribe; y Cimbel, que había seguido a Patton hasta Alemania, igual que Jake. Todos ellos llevaban una eternidad en la guerra, con sus uniformes caquis y su insignia circular de corresponsales. Incluso Liz Yeager, la fotógrafa, que llevaba una enorme pistola en la cadera al más puro estilo vaquero.

Jake los conocía bien a todos, sus rostros eran como alfileres en su personal mapa de la guerra. Londres, después de dejar la Columbia en el cuarenta y dos porque quería ver la contienda. El norte de África, donde por fin la presencié y acabó con un fragmento de metralla en el cuerpo. El Cairo, donde se estuvo recuperando y pasó largas noches bebiendo junto a Brian Stanley. Sicilia, desde donde echó de menos Palermo pero donde, de forma sorprendente, acabó llevándose tan bien con Patton que, más adelante, después de Francia, volvió a unirse a él en su rápido avance hacia el este. Atravesaron Hesse y Turingia a una velocidad, días de avance y retroceso, de esperas intermitentes, al fin una guerra de pura adrenalina. Weimar y después, ya al final, Nordhausen y el campo de Dora, donde todo se detuvo. Allí pasaron dos días observando sin ser capaces de hablar siquiera. Al principio Jake había ido apuntando números, doscientos al día, pero luego también lo dejó. Una cámara filmó para los noticiarios las montañas de cadáveres con

huesos protuberantes y genitales de trapo. Los vivos, con sus harapos de rayas y la cabeza afeitada, no tenían sexo.

El segundo día, en uno de los campos de trabajo de esclavos, un esqueleto lo cogió de la mano, se la besó y después se aferró a ella con una gratitud obscena mientras farfullaba algo en eslavo. ¿Polaco? ¿Ruso? Jake se quedó petrificado, intentando no oler, mientras sentía que su mano se combaba bajo el peso de ese fiero apretón.

—No soy soldado —dijo.

Sintió ganas de echar a correr, pero fue incapaz de apartar la mano, avergonzado, atrapado también; la historia que todos habían pasado por alto, la mano que no podías quitarte de encima.

—Una semanita en tu antiguo hogar, ¿eh, chaval? —comentó Brian, haciendo bocina con las manos para que Jake lo oyera.

—¿Ya habías estado en Berlín? —preguntó Liz con curiosidad.

—Viví aquí. Fue uno de los chicos de Ed Murrow, encanto, ¿no lo sabías? —explicó Brian—. Hasta que los *kar-toffel* lo echaron. Claro que... echaron a todo el mundo. En realidad no tuvieron más remedio, si te paras a pensarlo.

—¿O sea que hablas alemán? —preguntó Liz—. Gracias a Dios que alguien habla el idioma.

—*Deutsch* de Berlín —respondió Brian por él, medio en burla.

—No me importa qué clase de *Deutsch* sea —repuso ella—, mientras sea *Deutsch*. —Le dio unas palmaditas a Jake en la rodilla—. Tú no te separes de mí, Jackson —dijo con voz radiofónica, y después añadió—: ¿Cómo era la ciudad?

Sí, ¿cómo era? Como una mordaza que se cerraba lentamente. Al principio todo eran fiestas, días calurosos junto a los lagos y cierta fascinación ante los acontecimientos. Jake se había trasladado allí para cubrir los Juegos Olímpicos de 1936. Su madre conocía a alguien que conocía a los

Dodd, y eso le permitió disfrutar de cócteles en su embajada y de un asiento especial en el palco que los diplomáticos tenían en el estadio. Y de la gran fiesta de Goebbels en Pfaueninsel: árboles engalanados con miles de farolillos en forma de mariposas, oficiales pavoneándose por los senderos, borrachos de champán e importancia, vomitando entre los arbustos. Los Dodd estaban horrorizados. Él decidió quedarse. Los nazis proporcionaban titulares, y hasta un corresponsal a tiempo parcial podía vivir de rumores mientras veía cómo la guerra se acercaba un poco más cada día. Cuando firmó con la Columbia, la mordaza ya se había cerrado del todo y los rumores no eran más que pequeñas bocanadas de aire. La ciudad se había contraído tanto a su alrededor que al final acabó siendo un círculo cerrado: desde el Club de Prensa Extranjera de Potsdamerplatz, subiendo por la lúgubre Wilhelmstrasse hasta el ministerio, para asistir a las dos sesiones informativas diarias, y luego más arriba, hasta el hotel Adlon, donde la Columbia tenía una habitación para Shirer y en cuyo bar elevado se reunían a comparar sus notas y contemplar a los oficiales de las SS, que holgazaneaban en la fuente de abajo con sus relucientes botas apoyadas en el borde, mientras las ranas de bronce escupían chorritos de agua en dirección al tragaluz. Después, por el Eje Este-Oeste hasta la emisora, en Adolf Hitler Platz, y las interminables discusiones con Nanny Wendt; más tarde en taxi hasta su casa, un apartamento con el teléfono intervenido y la vigilante mirada de Herr Lechter, el *Blockleiter*, que vivía en un piso arrebatado a unos desdichados judíos al final del pasillo. No se podía respirar. Pero eso había sido al final.

—Era como Chicago —respondió.

Rotunda, enérgica y pagada de sí misma, una ciudad nueva que intentaba ser antigua. Torpes palacios de estilo guillermino que siempre parecían bancos, pero también chistes irónicos y el olor de la cerveza derramada. Una atmósfera mordaz, como en el Medio Oeste estadounidense.

—¿Chicago? Pues ahora no se parecerá en nada a Chicago.

Esto último, sorprendentemente, acababa de decirlo el voluminoso civil vestido de traje que en el aeropuerto había sido presentado como congresista del norte de Nueva York.

—No, en nada —repuso Brian con malicia—. Estará todo patas arriba. Aunque, ¿qué no lo está? Todo el país ha quedado arrasado por las condenadas bombas. ¿Le importa que le haga una pregunta? Nunca lo he sabido. ¿Cómo hay que hablarle a un congresista? Quiero decir que si hay que dirigirse a usted con «el honorable».

—Técnicamente sí. Al menos eso es lo que dice en los sobres, pero en realidad sólo utilizamos el «congresista» o el «señor».

—Señor. Muy democrático.

—Sí, lo es —convino el congresista sin ningún sentido del humor.

—¿Participa usted en la conferencia o ha venido sólo a curiosear? —preguntó Brian, jugando con él.

—No, no participo en la conferencia.

—Entonces sólo viene a ver el *raj*.

—¿Qué quiere decir?

—Oh, no se lo tome a mal. Aunque eso es lo que parece, ¿no cree? El Gobierno Militar. Son como *pukkah sahibs*.

—No sé de qué está hablando.

—La mayor parte del tiempo yo tampoco —dijo Brian en tono afable—. No es más que un pequeño concepto mío. No importa. Tenga, eche un trago —ofreció al tiempo que hacía lo propio, la frente sudada.

El congresista no le hizo caso. Muy al contrario, se volvió hacia el joven soldado que estaba apretado junto a él, un pasajero llegado en el último minuto y sin talego. Un mensajero, tal vez. Calzaba un par de botas de montar altas y sus manos se aferraban al banco como si fueran riendas. Tenía el semblante pálido bajo una profusión de pecas.

—¿Tu primera vez en Berlín? —preguntó el congresista.

El soldado asintió con la cabeza y se agarró aún con más fuerza al banco; el avión había dado un bandazo.

—¿Tienes nombre, hijo? —continuó, sólo por charlar.

—Teniente Tully —repuso el muchacho, después tragó saliva y se tapó la boca.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Liz. El soldado se quitó el sombrero. Tenía el pelo pelirrojo y mojado—. Toma, por si acaso —le dijo mientras le daba una bolsa de papel.

—¿Cuánto falta? —preguntó el chico, casi en un lamento, sosteniendo la bolsa a la altura del pecho con una mano.

El congresista lo miró y apartó involuntariamente la pierna en el apretado espacio que había para no sufrir ningún percance. Al hacerlo, volvió un poco el cuerpo, de modo que se vio obligado a mirar otra vez a Brian.

—¿Ha dicho que era de Nueva York?

—De Utica, Nueva York.

—Utica —repitió Brian fingiendo que intentaba ubicarlo—. Fábricas de cerveza, ¿verdad? —Jake sonrió. Lo cierto es que Brian conocía muy bien Estados Unidos—. Allí hay bastantes alemanes, si no me equivoco.

El congresista lo miró con disgusto.

—Mi distrito es americano al cien por cien.

Sin embargo, Brian ya se había aburrido de él.

—Lo que usted diga —comentó, y miró para otro lado.

—De todas formas, ¿cómo ha conseguido subir a este avión? Me parece que era sólo para reporteros americanos —insistió el congresista.

—Ahí tienes, una muestra del sentir aliado —le dijo Brian a Jake.

El avión bajó un poco, no mucho más que si descendiera una pendiente en una carretera, pero bastó para que el soldado lo notara y soltara un gemido.

—Voy a vomitar —masculló, y casi no logró abrir la bolsa a tiempo.

—Con cuidado —exclamó el congresista, atrapado.

—Tú sácalo todo —le dijo Liz con voz de hermana mayor—. Eso, enseguida te encontrarás mejor.

—Lo siento —dijo él medio atragantándose, a todas luces abochornado y con aspecto de no ser más que un adolescente.

Liz apartó la atención del chico.

—¿Llegaste a conocer a Hitler? —le preguntó a Jake, y con su pregunta atrajo la atención de todos, como si corriera una cortina para conferir intimidad al soldado.

—A conocerlo, no. A verlo, sí —contestó Jake—. Muchas veces.

—De cerca, quiero decir.

—Una vez.

Una tarde sofocante, él volvía del Club de Prensa, la calle estaba casi en penumbra, aunque la nueva Cancillería retenía aún las últimas pinceladas de luz del día. Los amplios escalones que bajaban hasta el coche que lo esperaba eran de estilo prusiano *moderne*. Sólo un ayudante y dos guardias; iba curiosamente desprotegido. De camino al Sportpalast, casi seguro, a pronunciar otra arenga contra los taimados polacos. Se detuvo un segundo cerca del final de la escalera y miró a Jake, en la calle vacía. «Podría meter la mano en el bolsillo —pensó Jake—. Un disparo y pondría fin a todo esto, así de fácil.» ¿Por qué no lo había hecho nadie? Entonces, como si el aire hubiera transportado ese pensamiento igual que un aroma, Hitler alzó la cabeza, olfateó inquieto como una presa y le sostuvo la mirada a Jake. Un disparo. Lo observó un instante, tanteándolo, apenas con un nimio gesto del bigote, alzó la mano en un lánguido *heil* de despedida y avanzó hacia el coche. Con una sonrisa de satisfacción. Allí no había ningún arma y él tenía cosas que hacer.

—Dicen que tenía una mirada hipnótica —comentó Liz.

—No lo sé. Nunca estuve tan cerca —explicó Jake, cerrando los ojos y haciendo desaparecer así el resto del avión.

Ya no faltaba mucho. Primero iría a Pariserstrasse. Vio la puerta, las pesadas cariátides de arenisca que sostenían el balcón que colgaba sobre la entrada. ¿Qué le diría? Cuatro años. Aunque a lo mejor se había trasladado. No, estaría allí. Sólo unas horas más. Tomarían una copa en el café que había calle abajo, en Olivaerplatz, se pondrían al día, años de historias. A menos que decidieran quedarse en el apartamento.

—¿Dulces sueños? —preguntó Liz.

Jake se dio cuenta de que estaba sonriendo, ya estaba allí. Berlín. No faltaba mucho.

—Estamos llegando —dijo Brian con el rostro pegado a la minúscula ventanilla—. Dios mío. Tenéis que ver esto.

Jake abrió los ojos y dio un respingo, como un niño. Todos se apretaron en la ventanilla, con el congresista a su lado.

—Dios mío —repitió Brian casi en un susurro, sobrecogido por el panorama—. Joder, Cartago.

Jake miró abajo, a tierra, y de pronto el estómago le dio un vuelco. Se sintió vacío, su entusiasmo desapareció como si se hubiese desangrado. ¿Por qué no lo habían avisado? Ya había visto otras ciudades bombardeadas: Londres, desde tierra, casas adosadas convertidas en ruinas y calles llenas de cristales; después Colonia y Francfort, desde el aire, con sus profundos cráteres y sus iglesias destrozadas. Sin embargo, nada era semejante a aquello. Cartago, una destrucción venida de la Antigüedad. Allí abajo no parecía existir el movimiento. Estructuras de casas, vacías como tumbas saqueadas, miles y miles, y áreas completamente pulverizadas donde ni siquiera se veían muros. Habían llegado desde el oeste sobrevolando los lagos, por lo que Jake sabía que aquello debía de ser Lichterfelde, luego Steglitz y el acceso a Tempelhof, pero los puntos de refe-

rencia habían desaparecido bajo cambiantes dunas de escombros. A medida que perdían altura, algunos edificios dispersos fueron tomando forma, destrozados, aunque aún permanecían en pie, unas cuantas chimeneas, incluso un chapitel. Debía de quedar alguna clase de vida. Una nube ocre se cernía sobre toda la ciudad; no era humo, sino una espesa neblina de hollín y polvo de yeso, como si las casas se negaran a marcharse del todo. Aun así, Berlín había desaparecido y los Tres Grandes se habían reunido para repararse los escombros.

—Bueno, han recibido su merecido —dijo de pronto el congresista con una discordante voz estadounidense. Jake lo miró: un político en un velatorio—. ¿No es así? —insistió en un tono algo desafiante.

Brian volvió la cabeza desde la ventana, despacio, con una mirada llena de desprecio.

—Chaval, todos recibimos lo que merecemos. Al final.

Los alrededores del aeropuerto de Tempelhof estaban destruidos, pero habían limpiado alguna pista y la terminal seguía estando allí. Después de la ciudad cementerio que habían visto desde el aire, el aeropuerto les pareció vertiginoso y lleno de vida, no dejaban de distinguir rostros nuevos mientras desembarcaban. El soldado mareado fue el primero en bajar y salir corriendo a trompicones hacia el servicio de caballeros, según imaginó Jake.

—¿Geismar? —Un teniente le tendía una mano—. Ron Erlich, de la oficina de prensa. Vengo a por usted y a por la señorita Yeager. ¿Iba a bordo?

Jake asintió.

—Con todo esto —contestó señalando las maletas que había descargado del avión—. ¿Quiere echarme una mano?

—¿Qué lleva ahí, su ajuar?

—El equipo —contestó Liz, detrás de él—. ¿Piensa seguir haciendo chistes o va a echarle una mano?